

Capítulo II

EVALUACIÓN DE TESTIMONIOS SOBRE PES

Cada una de las tres líneas de evidencia indicadas en el capítulo anterior tiene sus propias ventajas y limitaciones. En el caso de los testimonios, la clase de certeza que puede derivarse de ellos es aquella propia de las ciencias forenses e históricas, que es normalmente considerada insuficiente para una ciencia experimental. La correcta apreciación de los testimonios se complica debido a la posibilidad de anomalías psíquicas, trastornos perceptivos (alucinaciones o ilusiones), elaboraciones subconscientes, coincidencias fortuitas, fabulación histérica, fraude deliberado, etc.

Alucinaciones

Un ejemplo de trastorno alucinatorio relativamente frecuente es el de la llamada «experiencia fuera del cuerpo», o *exosomática*. Puede ocurrir en los llamados estados crepusculares de conciencia, que existen cuando la persona está por conciliar el sueño o despertándose.²⁰

Lo que caracteriza a la experiencia es que la persona tiene *una sensación muy vívida de hallarse fuera de su propio cuerpo*, lo cual puede acompañarse de percepciones auditivas y visuales que refuerzan la vivencia: la persona

«ve» su propio cuerpo desde afuera. Si la experiencia tiene lugar cuando la persona está conciliando el sueño, se denomina *hipnogógica*; si ocurre cuando está despertando, se llama *hipnopómpica*. En las primeras es típico que el individuo, a pesar de lo extraordinario de la experiencia, *concilia luego normalmente el sueño*.

Una variante de esta clase de experiencia puede ocurrir bajo anestesia general leve, o en estados próximos al coma. Algunos pacientes que han sido intervenidos quirúrgicamente o sometidos a reanimación cardiopulmonar tras un paro cardíaco, se han sentido fuera de su propio cuerpo, e incluso han contemplado «desde arriba» los esfuerzos realizados por los médicos y enfermeros sobre sus propios cuerpos (véase capítulo VII).

Esta clase de alucinaciones puede explicarse naturalmente por la existencia de un estado alterado de conciencia, causado por el sueño, los anestésicos o el colapso cardiocirculatorio. La falta de oxígeno súbita en el cerebro no produce sensaciones desagradables, sino una experiencia breve pero casi placentera de alteración del estado de conciencia. Por tanto, las experiencias exosomáticas difícilmente pueden servir para probar fantásticas doctrinas esotéricas sobre el «cuerpo astral» y sus proyecciones. Por la misma razón las experiencias sobre la «vida en el más allá» procedentes de personas que han estado al borde de la muerte deben mirarse con cauta desconfianza, tanto desde el punto de vista científico como religioso. De esto nos ocuparemos más adelante (capítulo VII).

Una serie de fenómenos alucinatorios *autoscópicos* (en los que el paciente se ve a sí mismo) pueden ocurrir en diversas circunstancias.²¹ La psicóloga y parapsicóloga Susan Blackmore, inclinada al estudio de lo paranormal por una experiencia exosomática ocurrida en su época de estudiante en Oxford, sugirió, luego de un análisis exhaustivo de la evidencia, incluyendo sus propios estudios, que la experiencia exosomática puede explicarse por causas naturales. En ciertas situaciones de alteración de conciencia en las que las percepciones normales faltan, el cerebro podría

reemplazarlas por imágenes y percepciones conservadas en la memoria, que en algunos casos incluyen perspectivas visuales «panorámicas».²²

Existe evidencia que indica que tales fenómenos son de naturaleza alucinatoria. Una alucinación es una *falsa percepción sensorial, en ausencia de estímulos externos, que puede afectar cualquiera o cualesquiera de los sentidos*. Ya en 1845, Jacques Moureau sugirió que ocurrían en estados de excitación cerebral durante los cuales memorias almacenadas en el cerebro se manifestaban a sí mismas como percepciones sensoriales, o sea, como si viniesen «desde afuera» de la persona. Sin embargo, lo más probable, decía Moureau, es que provinieran *de adentro*, del propio cerebro del alucinado.

Una característica común a las alucinaciones es su realidad subjetiva: las imágenes, sonidos, etc, *parecen reales* para quienes las experimentan. Otra cualidad muy importante, descubierta por Heinrich Klüver, es que las alucinaciones ocurridas en diferentes personas y bajo muy diversas circunstancias, *comparten una serie de rasgos en común*. En el caso de las alucinaciones visuales, las más estudiadas, se pueden describir dos clases generales: las geométricas y las de imágenes complejas. En las primeras aparecen ciertos motivos comunes, que pueden agruparse en cuatro tipos: filigrana, telaraña, túnel y espiral. En los dos últimos tipos puede percibirse una luz brillante en el centro (compárese este tipo de alucinación con los informes de experiencias de casi muerte). Las imágenes complejas suelen aparecer en etapas más avanzadas del estado alucinatorio, e involucran escenas cambiantes, de apariencia muy real, *a menudo vistas desde perspectivas aéreas o submarinas, externas al sujeto alucinado quien se ve a sí mismo dentro de su alucinación*. Lo más razonable es suponer que estamos frente a imágenes generadas a partir de recuerdos almacenados en el cerebro. En estudios experimentales de sujetos con alucinaciones provocadas por drogas, pudieron hacerse observaciones muy interesantes.

«Las imágenes complejas comunes incluyeron memorias de la niñez y escenas asociadas con experiencias fuertemente emocionales que los sujetos habían vivido. Estas imágenes alucinatorias eran más que réplicas pictóricas; muchas de ellas eran elaboradas y embellecidas hasta tornarse escenas fantásticas. El aspecto constructivo de la fantasía puede ser ilustrado por un simple ejercicio. Recuerde la última vez que fue a nadar al océano. Ahora pregúntese si esta rememoración incluye un cuadro de usted mismo corriendo por la playa o desplazándose en el agua. Tal cuadro es obviamente ficticio, ya que usted no puede haberse estado viendo a sí mismo; mas las imágenes de la memoria a menudo incluyen cuadros fugaces de esta clase. Nuestros sujetos [voluntarios para experimentación] con frecuencia informaban imágenes igualmente imposibles, como perspectivas aéreas o submarinas.

»Durante los períodos de picos alucinatorios los sujetos a menudo se describían a sí mismos como habiendo devenido parte de las imágenes. En tales momentos ellos dejaban de emplear comparaciones en sus informes, y afirmaban que las imágenes eran reales. Este punto marcaba la transición de una pseudoalucinación a una verdadera alucinación. Se informaron combinaciones de imágenes muy creativas y fantásticas, a veces con tanto como diez cambios de imágenes por segundo. Los sujetos con frecuencia informaban sentirse disociados de sus cuerpos.»²³

De lo antedicho es posible concluir que existen mecanismos neurológicos que pueden ser responsables por muchas experiencias extraordinarias.

Las misteriosas «auras»

Un fenómeno que muchas personas refieren es la visión de las llamadas «auras», que son halos o aureolas luminosas

que serían perceptibles en torno a cada persona. Estos halos serían expresión del «cuerpo astral», y por lo tanto su intensidad y color podrían variar según el estado de salud y aun el estado físico.

En cierta ocasión, en el transcurso de una cena, un joven agradable e inteligente, que desafortunadamente estaba involucrado en supuestos tratos con seres extraterrestres describió con detalle la aureola de mi esposa Viviana y la mía propia. Según mi impresión, aquel hombre estaba completamente persuadido de lo que decía.

Lamentablemente, para aquellos que *no* las percibimos, la creencia en la percepción de auras descansa exclusivamente sobre la base de los testimonios de quienes dicen verlas. En otras palabras, no hay manera *objetiva* de demostrar la presencia del «aura». Tiempo atrás se pensó que la fotografía de Kirlian era un medio adecuado para semejante demostración; sin embargo, actualmente es claro que la fotografía de Kirlian es un fenómeno *artificialmente provocado*, y que los halos que se ven en dichas fotos sólo se producen en presencia de un campo eléctrico variable de alta frecuencia.

Por lo tanto, las aureolas luminosas de las fotografías Kirlian nada tienen que ver con una presunta bioenergía, ya que *no están allí* a menos que se aplique un campo eléctrico externo. Por lo demás, también objetos inertes presentan halos de Kirlian cuando se los fotografía en las condiciones adecuadas.²⁴

Fuera de las explicaciones esotéricas, existirían dos posibles explicaciones acerca de las aureolas.

La primera es que los que dicen poder verla tengan una sensibilidad visual superior al promedio. Nuestro cuerpo desprende calor, y ese calor es en parte emitido como ondas infrarrojas. Los textos médicos indican generalmente que el ojo humano es sensible a la radiación electromagnética que tiene entre 400 y 700 nanómetros (milmillonésimas de metro). Esta pequeñísima franja del espectro electromagnético incluye los colores visibles, desde la menor longitud de onda (violeta) hasta la mayor (rojo). Por debajo y por

encima el espectro continúa con las ondas ultravioletas e infrarrojas, respectivamente. En principio, las ondas infrarrojas son invisibles, pero en realidad existe una sensibilidad –muy limitada, por cierto– para ondas infrarrojas de hasta 1.050 nanómetros.²⁵ Entonces, una posible explicación para la percepción de halos sería una sensibilidad mayor que la normal al infrarrojo.

Una segunda explicación posible es la existencia de algún tipo de *defecto* visual en quienes ven aureolas, ya sea un vicio de refracción como el astigmatismo, o algo más complejo.

Una forma de determinar si las aureolas son generadas por la persona observada, o externamente (por un defecto visual en el observador) es estudiar si las auras pueden ser vistas en la completa oscuridad. Si no pueden ser vistas en tales condiciones, entonces cabe suponer que no se originan en los cuerpos presuntamente emisores; se trataría entonces de un fenómeno ilusorio, o debido a un defecto visual en el observador.

Robert W. Loftin puso a prueba esta idea mediante un experimento muy sencillo, en el cual se le solicitó a una voluntaria que decía poder ver las «auras» que dijese si en una habitación en completa oscuridad había una o dos personas. El desempeño de la vidente no superó el 50% de aciertos esperados por azar.²⁶

Aunque la escasa evidencia sugiere que los halos no proceden de las personas objeto de observación, tampoco hay evidencia sustancial que indique un posible origen en defectos visuales. Por lo demás, una explicación tan simple no es coherente con la riqueza de detalles, algunos muy sutiles, que se describen en las aureolas de diferentes personas. Tampoco explica que muchos de quienes dicen ver aureolas insistan en que *cualquiera puede aprender a verlas*. Por tanto, la realidad de los halos bioenergéticos continúa siendo en extremo dudosa, por cuanto se basa en testimonios no objetivables.

¿Causalidad o coincidencia?

Es difícil estimar hasta qué punto las coincidencias fortuitas influyen en las creencias populares sobre telepatía o precognición. Que, sin razón aparente, una persona piense en algo o en alguien, y que luego encuentre que este pensamiento coincidió en el tiempo con algún acontecimiento importante vinculado con la cosa o la persona pensada, tiene una probabilidad baja pero no tan pequeña como podría pensarse.

Por ejemplo, la probabilidad de que Ud. piense en cierta persona (tal vez alguien de quien no ha sabido en años) y poco después se entere de que ésta ha fallecido es muy pequeña si se considera la coincidencia como un hecho aislado. Sin embargo, tal probabilidad crece mucho si el número de personas es grande y el período de observación es prolongado.

En 1965, Luis W. Alvarez –luego Premio Nobel de Física (1968)– daba, con el título de *Una pseudoexperiencia en parapsicología*, el siguiente ejemplo: con la población adulta de 100 millones que había en EE.UU. en ese tiempo, si cada adulto conocía por nombre a otros 3.000, sería de esperarse que ocurriesen *ocho coincidencias diarias*, o cerca de tres mil por año.

«Con muestras tan grandes, no es sorprendente que en la literatura parapsicológica se informen algunas coincidencias extremadamente sorprendentes, como prueba de percepción extrasensorial de una u otra forma.»²⁷

En todo caso, sí es sorprendente que no se publiquen *más* coincidencias. Conviene igualmente recordar que no todos los casos de coincidencias tienen igual valor: no es lo mismo que a uno se le cruce por la mente un nombre o un rostro, que tener una intensa vivencia de que algo grave le ocurrirá a determinada persona.

La gran variedad de situaciones dificulta el análisis. Los parapsicólogos piensan que el poder psi en general, y la

telepatía en particular, puede intensificarse enormemente en situaciones donde la persona emisora está en peligro de muerte. Así se explicaría la manifestación de un poder psi en situaciones límite, el cual de ordinario está latente. Esta hipótesis es muy interesante, pero difícil de ser probada experimentalmente.

Por otra parte, es natural que los presentimientos acerca de peligros que afecten a personas próximas a nosotros sean más frecuentes cuando *tenemos razones para pensar que esa persona puede estar en peligro*, por ejemplo, en la guerra, o en un viaje arriesgado, etc. En otros casos, lo que parece ser un recuerdo fortuito de una persona a quien hace tiempo no vemos, puede ser en realidad puesto en marcha de manera por completo normal, por un *estímulo percibido de manera inconsciente*: tal vez algo leído en el diario, o escuchado en la radio, o en una conversación ajena, que puso en marcha complejos mecanismos asociativos.

Los laberintos de la memoria

Un fenómeno psicológico que contribuye a dar un matiz de maravilla a ciertas experiencias es la *memoria selectiva*. Todos tenemos presentimientos de manera más o menos frecuente, pero tendemos a olvidar aquellos que no se cumplen y a recordar vívidamente los pocos que se cumplen. ¿Qué madre no se ha angustiada una y otra vez pensando que algo malo podía haberle pasado a su hijo? Tal vez decenas de veces esos presentimientos vinieron a la mente materna, y luego fueron olvidados al volver el hijo indemne. Empero, si una vez de veras el joven sufrió un accidente, es probable que la madre interprete su sentimiento de angustia erróneamente como una precognición. Brevemente, *las falsas alarmas tienden a ser olvidadas*.²⁸

En efecto, los psicólogos están bien familiarizados con un concepto que es extraño al público en general, a saber: que la memoria humana dista de ser un registro objetivo y comparable a una película o una grabación magnetofónica.

Los complejos mecanismos de la memoria pueden permitir la modificación de los recuerdos. Uno de los determinantes de nuestro recuerdo de un hecho presente son *nuestros recuerdos previos*. Las personas tienden a incorporar sus nuevos recuerdos en un todo coherente con sus experiencias previas y sus sistemas de creencias, *todo lo cual afecta la memoria ya desde el mismo momento en que ésta se está fijando en el cerebro*.

Experimentalmente se ha observado que un recuerdo puede ser modificado según la forma en que se lo recabe. La psicóloga Elizabeth Loftus demostró convincentemente este hecho en testimonios sobre accidentes automovilísticos. Si a personas que han observado una secuencia fotográfica que muestra un accidente vial se les pregunta «¿A qué velocidad iban los vehículos cuando se destrozaron?», con toda probabilidad la estimación de velocidad será superior a la respondida con la pregunta:» ¿A qué velocidad iban los vehículos en el momento de chocar?» Esto significa que *la forma de la pregunta puede modificar la imagen visual recordada*. Por lo demás, es relativamente fácil introducir en la memoria elementos que no se hallaban en la escena original, siempre que la presencia de dichos elementos sea coherente con el cuadro.

Por tanto, se puede hacer que, en un accidente urbano, la persona crea recordar un semáforo inexistente; sería más difícil introducir en su recuerdo un hipopótamo en lugar de un semáforo. En cambio, en el recuerdo de un zoológico, el hipopótamo tiene más probabilidades de introducirse que el semáforo.

En los testimonios obtenidos experimentalmente, si se pregunta por los autos «destrozados» es más probable que el testigo «recuerde» haber visto vidrios rotos o sangre en las fotografías, *aunque en realidad no hubiese ninguna de estas cosas*.²⁹

Testimonios bajo hipnosis

Popularmente se cree que las personas hipnotizadas dan informes más precisos y fidedignos que las personas conscientes. *Esto es un grave error*. La hipnosis está muy, muy lejos de ser un «suero de la verdad» no farmacológico. Es un estado complejo, cuya naturaleza verdadera todavía es motivo de encendida discusión entre los especialistas³⁰. De todos modos, es posible describirla como un estado particular de la mente, con las siguientes características:

1. Un estrechamiento en el campo de la atención, que entonces se concentra en una sola cosa a la vez.
2. Una susceptibilidad extremada hacia las sugerencias conscientes o inconscientes del hipnotizador.
3. Una marcada tendencia a adoptar un papel y satisfacer las expectativas del hipnotizador, tal como el hipnotizado las interpreta.

Las personas hipnotizadas realizan sus actos *voluntariamente*, pero en un contexto particular. No existe evidencia de que el procesamiento de información sensorial sea diferente en el estado hipnótico que fuera de él. Cuando se estudia el estado hipnótico empleando personas sin hipnotizar a las que se les han dado instrucciones sobre imaginar y tratar de seguir lo mejor posible las sugerencias, y se las compara con personas «hipnotizadas», sus desempeños son similares.

En otras palabras, ambos grupos responden igualmente bien a sugerencias de regresión a la niñez, alucinaciones, amnesia, reducción del dolor, etc. Lejos de ser un rasgo genético, la susceptibilidad a la hipnosis parece ser un *comportamiento adquirido* y perfeccionado con la práctica. Cuando a un grupo de personas se les dijo que su susceptibilidad a ser timados era evidenciada por la facilidad con que eran hipnotizados, la «hipnotizabilidad» del grupo se redujo drásticamente.³¹

Lo anterior significa que las respuestas obtenidas bajo

hipnosis simplemente *no son más confiables* que las obtenidas en personas no hipnotizadas. En realidad, son generalmente *menos confiables*, debido a la tendencia del hipnotizado a satisfacer lo que él cree que desea oír el individuo que hipnotiza; además, es extremadamente difícil que el hipnotizador no ejerza ningún tipo de orientación en las respuestas, por más que se proponga evitar tal cosa.

En las respuestas del hipnotizado, sus propias fantasmas se mezclan con las inducidas por el hipnotizador—voluntaria o involuntariamente— así como con recuerdos cuyo origen se ha olvidado (criptomnesia), todo ello en una condición tal que no permite discernir fácilmente entre realidad y fantasía³².

Existe hoy acuerdo general en que el estado hipnótico *no es una especie de sueño*. El paciente permanece despierto y consciente, si bien el foco de su atención está estrechado, y puede ser dirigido por el operador para producir en el sujeto la certeza de cierta creencia.

«¡La inducción de la hipnosis es la inducción de la convicción! De aquí que podamos afirmar en resumen que en la presencia de *motivación apropiada, una actitud mental favorable, la desviación de la atención, la creencia, la confianza y la expectativa—catalizadas por la imaginación o el trasfondo empírico (la suma total de las experiencias vitales de un individuo)— todo lleva a la convicción o la “fe programada”*. Esto es lo que distingue a la hipnosis de la sugestión forzada y de la persuasión. Las dos últimas movilizan una resistencia, mientras que la hipnosis permite que sugerencias cargadas de fe sean aceptadas acríticamente.»³³

De este modo se expresan dos expertos mundialmente reconocidos en el campo de la hipnosis. Dadas las razones expuestas, la confiabilidad de los testimonios obtenidos bajo hipnosis es dudosa hasta en los asuntos más terrenales. Por ello generalmente son rechazados como prueba en el ámbito forense.

El psicólogo David F. Marks efectuó un experimento muy demostrativo al hacer que tres personas presenciaran, creyendo que era un hecho real, un simulacro de asalto a una gasolinera montado por el investigador. En estado de sugestión hipnótica, las tres dieron informes detallados acerca del presunto delito presenciado. Sin embargo,

«Ninguna de las tres concordó con cualquiera de las otras. El color del automóvil varió en los tres relatos, como lo hizo el número y sexo de los asaltantes. Cada repetición trajo nuevas contradicciones, y ninguno de los relatos... se aproximó a los hechos reales del suceso.»³⁴

Por lo tanto, creer que la hipnosis haga de las personas testigos confiables es insensato. Intervienen numerosos factores de sugestión, predisposición e interacción con el operador, que pueden distorsionar completamente los hechos. *Confiar en tales testimonios para sostener la creencia en la reencarnación o en los fenómenos psi es una completa necesidad.*

Charlatanismo

Obtener testimonios confiables no es tan sencillo como parecería a primera vista. Como acabamos de decir, la hipnosis no nos ayuda, e inclusive puede ser un factor más de confusión. Tampoco son útiles las pruebas con el polígrafo, vulgarmente conocido como «detector de mentiras». Cabe aclarar que estos aparatos no detectan mentiras, sino alteraciones en el pulso, la presión arterial, la resistencia de la piel u otra variable fisiológica que pueda alterarse cuando una persona miente.

Sucede, sin embargo, que *también pueden alterarse cuando una persona dice la verdad, y por otro lado no siempre se alteran cuando un sujeto miente.* Por lo tanto, no reemplazan el juicio del operador acerca de la veracidad del

testigo, y sirven más bien como un arma de coacción que como un instrumento científico.³⁵

Un frecuente problema de los testimonios es el de la *fabulación histérica*, como la hubo en los casos que relata el P. Omez sobre la estigmatizada Teresa Neumann y el de la mujer que decía alimentarse exclusivamente de la santa comunión.³⁶

Existen sujetos que, sin ser enfermos psiquiátricos, pueden ser descritos como *predispuestos a fantasear*. Estas personas tienen una vida «secreta» de fantasías de toda clase, aunque por lo demás se adaptan bien a la vida cotidiana. Sin embargo, cuando se encuentran en situaciones en las que su natural tendencia a fantasear es alentada, pueden generar vívidos testimonios, por lo demás enteramente ficticios, por ejemplo, sobre experiencias psi y contactos extraterrestres.³⁷

Finalmente, está el fraude y la mentira descarada de aventureros ávidos de fama o fortuna. Un ejemplo típico son los llamados «detectives psíquicos», que pretenden poder ayudar a las autoridades policiales a resolver crímenes o hallar personas desaparecidas. Por regla general, son charlatanes que basan sus predicciones en datos conocidos, y que han sido una y otra vez descalificados por las autoridades oficiales.

Tal vez el más famoso sea Gerard Croisset, quien desde la década de 1940 hasta su muerte en 1980 supuestamente contribuyó a esclarecer crímenes y localizar personas extraviadas por centenares. La enorme mayoría de los oráculos de Croisset eran abiertamente erróneos, o bien lo suficientemente vagos como para ser tan irrefutables como inútiles. De entre los *miles* de afirmaciones que hizo a lo largo de 40 años, *unas pocas* fueron correctas. Lejos de probar poderes psi, esto es lo que se esperaría por azar.

También es notorio el caso del holandés Peter Hurkos, cuya mendacidad fue expuesta sucesivamente en Inglaterra y en Francia, pese a lo cual no falta quien aún lo elogie por su imaginaria contribución al caso del estrangulador de Boston.³⁸

Más recientemente (1987) un tal Normand G. Joyal reclamó el crédito por el hallazgo del cadáver del joven Jacques Martel en Holliston, Massachusetts.³⁹

Una investigación detallada mostró que ni en este caso ni en otros del mismo «vidente» había razón alguna para suponer la intervención de poderes psi. Un cuarto ejemplo es el de la «dotada» Pat Matthews, quien a través de su clarividencia pretendió haber guiado a las autoridades al hallazgo de un avión desaparecido en Nuevo México en 1983. Empero, sus «precogniciones» fueron llamativamente publicadas *después* que el avión fue localizado. Los responsables de la búsqueda negaron cualquier contribución de la clarividente, la cual por otra parte omitió percibir que el avión accidentado transportaba ilegalmente cocaína.⁴⁰

En nuestro país ocurrieron diversas instancias muy lamentables de esta clase de superchería con motivo del secuestro del empresario Osvaldo Sivak, que tuvo lugar en julio de 1985 aunque su cadáver fue hallado casi dos años y medio más tarde. En su momento, diversos videntes y «parapsicólogos» pretendieron tener información útil sobre el caso. La Gran Palma del Charlatanismo fue compartida, empero, por solamente dos elegidos: Néstor Barral y María Angélica. En febrero de 1987, transcurrido un año y medio del secuestro, la pareja de videntes afirmó haberse puesto en contacto telepático con Sivak, quien supuestamente se hallaba para esa fecha en el Paraguay, vivo pero prisionero de una banda de narcotraficantes que le había sacado del país. En el noticiero vespertino más sensacionalista de la televisión porteña, Barral y María Angélica se comunicaron telepáticamente con Sivak ante las cámaras y dieron detalles sobre el secuestro. Todas sus mentiras fueron decisivamente refutadas tras el hallazgo del cadáver, nueve meses después: *Sivak había sido asesinado en Buenos Aires, dos semanas después de su secuestro.*⁴¹

El cuadro de los detectives psíquicos es tediosamente monótono: grandes revelaciones, generalmente inútiles para la policía, sensacionalismo periodístico, y luego la evidencia que contradice a los «dotados».

La búsqueda de personas por medios psíquicos nunca ha sido convalidada. En 1953 el *Comité Belga para la Investigación de Fenómenos considerados Paranormales* realizó un experimento controlado sobre localización parasensorial de personas. Cada uno de los integrantes de un conjunto de sujetos supuestamente «sensibles» recibió diez fotos recientes y sendos escritos autógrafos de determinadas personas. Al cabo de un mes, los dotados debían contestar a dos preguntas: 1) si cada uno de los fotografiados estaba vivo o muerto y 2) cuál era su ciudad de residencia.

Hubo en total 300 respuestas a la primera pregunta; se esperaban 150 respuestas correctas por azar –dado que la respuesta únicamente admitía dos opciones– y hubo 152. La segunda pregunta fue respondida en 142 casos, y sólo hubo 24 respuestas correctas (20 de ellas sobre personas que residían en Bélgica). El resultado global del experimento de localización fue, pues, claramente adverso a la hipótesis psi.⁴²

Influencias sobrenaturales

Aunque las explicaciones aquí sugeridas basten para satisfacer al naturalista, como cristianos no podemos ignorar otra fuente posible de supuestas PES, a saber, la influencia de poderes sobrenaturales. Mientras que el naturalista detiene su búsqueda en el umbral de lo sobrenatural, ámbito cuya existencia misma niega, hay reiteradas advertencias bíblicas en contra del coqueteo con fuerzas espirituales desconocidas, a través de intentos de contacto con difuntos y en general de toda práctica adivinatoria (véase cap. IX). Tales cosas no se prohíben por ineficaces o inocuas, sino porque además de ser una grave ofensa contra Dios son, en sí mismas, harto peligrosas para los que las practican.

Quienes intentan superar los métodos y límites del conocimiento que Dios ha permitido, consciente o inconscientemente se ponen a disposición de seres espirituales hostiles a Dios y a los hombres. Aunque el resultado inicial de dicha

entrega pueda satisfacer la curiosidad o el orgullo, el incauto descubrirá, tal vez demasiado tarde, que se halla bajo el influjo de poderes que él no puede controlar.

Desde luego que estos fenómenos sobrenaturales no pueden demostrarse científicamente, ni es probable que jamás puedan replicarse en un laboratorio. No pretendemos convalidación científica para hechos que pertenecen al ámbito de la fe. Sin embargo, el creyente sensato hará bien en tomar muy seriamente las solemnes advertencias escriturales.

NOTAS

20. Heinz A. Lehman, *Unusual psychiatric disorders, atypical psychoses and brief reactive psychoses*. En Harold I. Kaplan y Benjamin J. Sadock (Dir.), *Comprehensive Textbook of Psychiatry*, Ed. 4 (Williams & Wilkins, Baltimore, 1985, p. 1224-1238). Véanse en el mismo libro los capítulos dedicados a trastornos experimentales (p. 312-320), disociativos (p. 942-957), manifestaciones clínicas de trastornos psiquiátricos (p. 550-590) y tanatología (p. 1277-1285).
21. N. Lukianowicz, *Autoscopic phenomena*. **Archives of Neurology & Psychiatry** 80: 199-220, 1958.
22. Susan J. Blackmore, *The elusive open mind: Ten years of negative research in parapsychology*. **Skeptical Inquirer** 11: 244- 255, 1987. Cf. James E. Alcock, *Psychology of Out-of-the-body experience*. *Ibid.* 8: 74-77, 1983.
23. Ronald K. Siegel, *Hallucinations*. **Scientific American** 237 (5): 132-140, Oct. 1977.
24. Cf. el capítulo IX de mi libro sobre medicina «alternativa» ya citado [n. 2].
25. Kenneth R. Brown, *Physiology of the Retina*. En Vernon B. Mountcastle (Dir.), *Medical Physiology*, Ed. 13 (C.V. Mosby, St. Louis, 1974, p. 463).
26. Robert Loftin, *Auras: Searching for the light*. **Skeptical Inquirer** 14: 403-409, 1990.
27. Luis W. Álvarez, *A pseudo experience in parapsychology*. **Science** 148: 1541, 1965. Véase el artículo de Susan Blackmore, *Psychic experiences: Psychic illusions*. **Skeptical Inquirer** 16: 367-376, 1992.
28. Donald D. Jensen, *Pathologies of science, precognition and modern psychophysics*. *Ibid.* 13: 147-160, 1989.
29. Elizabeth F. Loftus, *The malleability of human memory*. **American Scientist** 67: 312-320, 1979. Véase también James R. Reich, Jr., *The Eyewitness -Imperfect interfase between stimuli and story*. **Skeptical Inquirer** 17: 394-399, 1993.
30. Véase Nicholas P. Spanos, *Past life hypnotic regression: a critical view*. *Ibid.* 12: 174-180, 1987-1988. Este mismo autor ha codirigido un tratado sobre el tema, junto con John F. Chaves: *Hypnosis: The cognitive-behavioral perspective*. (Prometheus Books, Buffalo, 1989). Cf. el comentario por Lewis Jones, *Demystifying hypnosis*. **Skeptical Inquirer** 14: 302-307, 1990. Véase también Frank B. McMahon y Judith W. McMahon, *Psychology, the hybrid science*, Ed. 5 (Dorsey Press, Chicago, 1986, p. 294-299). Sobre la presunta susceptibilidad genética a la hipnosis, véase David Spiegel y Herbert Spiegel, *Hypnosis*, en Kaplan y Sadock, o.c. [n. 20], p. 1389-1403.
31. Lewis Jones, o.c. [n. 30].
32. Robert A. Baker, *The aliens among us: Hypnotic regression revisited*. **Skeptical Inquirer** 12: 147- 162, 1987-1988.
33. William S. Kroger y William D. Fezler, *Hypnosis and behavior modification: Imagery conditioning* (J.B. Lippincott, Philadelphia, 1976, p. 17).
34. Peter J. Reeven, *Fantasizing under hypnosis: Some experimental evidence*. **Skeptical Inquirer** 12: 181-183, 1987-1988.
35. Elie A. Shneour, *Lying about polygraph tests*. *Ibid.*, 14: 292-297, 1990.

36. Omez, o.c. [n. 7], p. 67-69 y 96s.
37. Baker, o.c. [n. 32].
38. Alan Landsburg, *En busca de fenómenos extraños* (Plaza y Janés, Barcelona, 1983, p. 127-139).
39. C. Eugene Emery, Jr., *An investigation of psychic crimebusting*. **Skeptical Inquirer** 12: 403-410, 1988.
40. *Ibid.*, 8: 292-294, 1984.
41. Ladislao E. Márquez, *Videncia y chantología: ¿Cuál es la diferencia?* **El Ojo Escéptico** 1 (2): 12, agosto 1991.
42. Omez, o.c. [n. 7], p. 53s.